



Guión:  
Historia:

# PRÓLOGO

Dos aves color pardo sobrevolaban el claro bosquecillo aquella fría y neblinosa mañana de invierno, y curiosas se posaron en una de las tantas ramas de uno de los tantos árboles que había allí plantados. El viento que soplaba desde el oeste silbaba de forma un tanto azorada al pasar entre las hojas del verde follaje no parecía incomodarles, así como tampoco los brillantes luces azules y rojas que anunciaban justicia y emergencia en forma intermitente, y salían despedidas en círculos del techo de aquellas patrullas policiales apostadas allá abajo en silencioso oficio.

Se miraron entre sí cuando un perro con aspecto de callejero llamó la atención de uno de los uniformados, quien levantó la vista y las observó; ahí como si fueran gárgolas instaladas en el borde de alguna catedral de terror. Se le antojó sarcástico que la escena que estaba presenciando fuera justamente así.

El hombre sintió un repentino escalofrío y se volvió hacia el coche; el perro, a quien le apodó Fido, le acompañó como había hecho desde que llegaron al sitio.

—crees en brujas, Don?— preguntó, acercándose al interpelado mientras encendía un cigarrillo con su yesquero tipo zippo que extrajo de una funda especial en su cinto.

—perdón, teniente, creo que no le escuché con claridad.— contestó Dom, recostado entre la portezuela abierta del vehículo mientras distraído observaba su libreta de anotaciones.

—Que si crees en brujas, hombre! Crees?— reiteró el teniente, dejando escapar una larga bocanada de humo.

—En brujas como esas ancianas de feos sombreros que vuelan montadas en escobas viejas y cocinan sapos en una caldera negra?—

–No, no! Hombre!– Replicó, desechando la pregunta del oficial con la mano, como si formara parte del humo que ahora envolvía su rostro. –Hablo de brujería de verdad, Don, rituales, esoterismo y esas cosas.–

–Las brujas de verdad no existen, teniente.– El oficial levantó la vista para ver al teniente a los ojos. Podía notar que el hombre estaba demasiado cansado ya; aún a través del cristal de las gafas, sus oscuros ojos parecían una auténtica ventana abierta a su interior, y el canoso pelo que llevaba peinado hacia atrás manifestaba más edad de la que los almanaques que en su vida vio podían confirmar. –vamos, teniente!– continuó, al ver la expresión del hombre que demandaba cierto grado de complicidad. –ni siquiera se trata de un crimen... Es decir, aún no...– El oficial Donald miró hacia las copas de los árboles cuando su visión periférica recibió el movimiento de las aves al partir; y justo en ese momento, de la casa que estaba frente a ellos, salieron dos hombres: uno vestido de blanco, que venía a ser el médico adjunto del equipo, y el otro, de uniforme policial, el perito de la unidad forense. Ambos se apresuraban a sacarse los guantes de látex para tirarlos lo más pronto posible.

–todo limpio ahí dentro, teniente. Nada fuera de sitio– La voz del médico adjunto sonaba a que estaba cantando alguna melodía mientras relataba el resumen de su informe. Encontró el cesto de basura y lanzó los guantes como quien se deshace de alguna suciedad pegajosa. El perito, a su lado, hizo lo propio. –hay huellas habituales; es decir, ninguna señal de violencia, de hecho, pareciera que la casa hubiera estado deshabitada desde hace un buen tiempo, lo único que refuta esa idea es la comida fresca en el congelador y las latas de la cocina tienen fecha reciente.– Se volvió y observó la alta fachada de la casa. De aquél segundo piso, el par de ventanas semejaban ojos que lo miraban todo desde lo alto.

–creo que no habrá mucho hilo que tejer esta vez, jefe– dijo el otro, frotándose las manos después de ponerse unas gotas de alcohol en gel. –mire, tendrá un expediente realmente corto y del que no tendrá que preocuparse más.– hizo una pausa mientras sacaba un paquete de marlboro del bolsillo delantero de la cazadora y una caja de cerillas. –para el final del día tendrá el informe de mis

conclusiones pero, la reconstrucción preliminar es subjetiva mientras no cuente con el testimonio de la última persona que lo vio con vida-

El teniente dejó caer la colilla en el suelo y la aplastó cuidadosamente con la punta del zapato. Intentó decir algo cuando su teléfono móvil sonó.

-Aquí Andersen- respondió, después de dejar al aparato sonar al menos cuatro veces mientras leía el número que aparecía en la pantalla de su Motorola StarTac. -muy bien, qué tienen?- al otro lado de la línea, una respuesta corta fue pronunciada. -no me jodas, tío!- le lanzó una mirada sin significado preciso al perito forense y siguió escuchando. -Muy bien, voy para allá.- dijo, y cerró el aparato, cortando la comunicación. Se dirigió al oficial: -creo que tendrá usted su informe objetivo, señor Sánchez.-

# CAPÍTULO 01

La oscuridad que la noche arrojaba sobre el bosque era acentuada terriblemente por el frondoso follaje. Rayos de luz plateada alcanzaban, sin embargo, pocas zonas del suelo cubierto de las hojas que caían perezosamente. De pronto, unas pisadas aceleradas vinieron a despertar las criaturas que se resguardaban en sus guaridas, precariamente a salvo de los depredadores que acechaban hambrientas su presa. Un hombre harapiento y cubierto de sangre corría a paso vivo a través de la espesura, esquivando árboles, arbustos y una que otra roca que adornaba el grisáceo suelo. Los jadeos del fugitivo no escapaban a su propio oído, que peleaba por el primer lugar contra los latidos de su corazón. Un traspié con una roca pequeña casi lo hace caer de bruces, mas logró equilibrarse y evitar la caída. Se arrodilló, exhausto. Desenvolvió el manto que llevaba en su regazo y vio el rostro de la criatura que lo miraba con ojos lejanos; no lloraba o gritaba, de hecho, no emitía sonido alguno.

El hombre temía por la vida del niño, y temía igualmente por su alma; el niño no podía caer en manos de aquellas brujas o su alma sería irremediablemente condenada por haber visto aquel acto inhumano y huir cobardemente. Por esa razón, y sabiendo que las brujas no estarían muertas mucho tiempo, pasó tembloroso sobre los cadáveres destrozados salvajemente de sus compañeros, y acercándose a la pequeña hoguera que aún ardía, recogió el pequeño y ahora silencioso bulto. Comprobó con alivio que respiraba. Justo cuando se dispuso a darle la espalda al espantoso escenario, un brillo metálico llamó su atención, entonces vio las incrustaciones de piedra en la empuñadura de la daga ceremonial que aún sostenía el cadáver de la bruja. Sin soltar el bulto que sostenía, se acercó muy lentamente y recogió el precioso objeto; no se ocupó ni se preocupó de limpiar la sangre que bañaba la hoja, sino de guardarla inmediatamente entre sus ropas. Creyó observar en alguna parte un

movimiento y se sobresaltó, entonces arrancó a correr por el bosque, poniendo la mayor cantidad posible de espacio entre él y aquellas pérfidas hechiceras.

De vuelta al presente se incorporó de nuevo, y sus miembros adoloridos hicieron un esfuerzo por emprender de nuevo la marcha. Muchas horas caminó el cazador con el niño en los brazos. Hasta que al fin una tenue luz en medio de la oscuridad le guió hasta una solitaria casa que, como comprobaría, estaba ubicada más allá de los límites del bosque. Un pozo de agua se encontraba emplazado a pocos metros de la casa. Se acercó con cuidado, dejó al pequeño en el suelo mientras cogía el tarro colgante y lo deslizaba hasta tocar el preciado líquido. Lo levantó y lo colocó en el suelo, salpicando sus ropas. Lavó la cara del niño, y luego hizo lo mismo con la suya; también lavó sus manos. Recogió al niño, que seguía ensimismado y ausente, silencioso como nunca había visto a un niño pequeño estar, y se dirigió con resolución hasta la casa.

Golpeó la puerta con los nudillos y retrocedió unos pasos. Esperó intentando disimular su impaciencia golpeando el suelo con un pie, pero luego de un tiempo que le pareció exageradamente largo, se acercó de nuevo a la puerta con el puño levantado.

Entonces, la puerta se abrió.

## CAPÍTULO 02

–Oliver! Por Dios!– chillaba la mujer, dejando entrar al sucio cazador a la casa. –Pero qué es esto?– se refería al pequeño bulto que llevaba en los brazos. El hombre abrió un poco la desprolija manta –Es un niño!– El hombre asintió. La mujer lo tomó en sus brazos, liberando al cazador de la carga, y le indicó que se sentará. –Pero por el amor de Dios, habla! Qué es lo que ha pasado?– preguntaba la mujer, cada vez más llena de angustia.

–Las brujas!– dijo el hombre, al fin. –Javier y Antony...– hizo un gesto de negación con la cabeza y la mujer se llevó una mano a la boca, entendiendo lo que había sucedido.

La mujer se fue a su habitación con el niño, y le indicó a Oliver que se duchara, que intentara calmarse y que ya arreglarían todo. Mientras tanto, y ya que no podía hacer nada más, podía pasar la noche ahí.

Ya de madrugada, y sin poder dormir, ambos se sentaron a la luz de una vela en la pequeña cocina. Oliver había dejado sobre la mesa un objeto envuelto en un pañuelo; la mujer simuló no prestarle atención, y se concentró en platicar con Oliver acerca de la macabra noche.

–...y por eso el niño no hace ningún ruido?– preguntó la mujer.

–tal vez, no estoy seguro.– dijo el cazador, llevándose las manos a la cara, el cansancio había comenzado a notarse después que se hubo calmado. –Salimos apenas el sol se ocultó.– comenzó a relatar. Se recostó en la silla, echando la cabeza hacia atrás y cerrando los ojos. El recuerdo de esa noche era tan nítido, que pensó que jamás podría borrarlo.

Dos carriceros pardos se posaron descuidadamente en la corta rama que estaba más próxima a la luz de las llamas que crepitaban pocos metros más abajo.

Allá, cuatro figuras encogidas rodeaban la fogata, y de aquella extraña reunión surgía un a suerte de cánticos lúgubres y guturales:

*...eres igual a mí, eres triste y feliz, cálida y fría, cuando yo no pueda hablarte, los lobos cantaran para ti aquella canción que Él cantó...*

Con esa mezcla de entonaciones, tonalidades y sentencias databan de culturas muy antiguas, en las que se rendía culto a horrendas deidades primigenias.

Los primeros asentamientos humanos fueron testigos de la aparición de los cultos, siempre en la búsqueda de explicación a los sucesos que parecían ser obra de seres superiores, y tuvieron que sufrir la propagación maligna de estos como si de una plaga mortal se tratara, pues muy pocos había que no venerasen la muerte, los sacrificios de sangre y la matanza como tributo o pago a aquellos seres invisibles y supuestamente investidos de divinidad y poderes sobrenaturales. Auténticas fuerzas metafísicas se manifestaron entre tanta blasfemia y chapucería, y la humanidad se vio obligada a aprender a, primero, convivir con las dichas entidades, segundo, a entenderlas para manejarlas de alguna forma y, por último, a ocultarlas de la mano de cualquiera, pues sus poderes eran insospechados, casi siempre con resultados funestos para quienes los usaran y rodeados de historias con finales espantosos y abiertos a una nueva calamidad; de ahí que desde siempre se les han conocido como ocultismo.

A través de los años fueron desapareciendo muchas de esas sectas ocultistas; guerras, conquistas, religiones, la ciencia y los estudios fueron minando la creencia en las artes oscuras, pero muchas otras se mantuvieron vigentes, y los que recibieron los conocimientos de rituales, fórmulas y filtros, perpetuaban la vida de las deidades, y las adoraban mediante imágenes e ídolos de formas espantosas, e incluso seguían pagando los terribles tributos que demandaban.

Esa noche, silenciosa e inusualmente oscura, en la profundidad de un bosque sin nombre y en el que pocas criaturas se atrevían a transitar cuando la luna llena observaba en lo alto, solo la luz bailarina de aquel fuego advertía la



presencia de vida humana; y eso era precisamente lo que buscaba aquel grupo de hombres que, armados con espadas, arcos y flechas, esperaban poner fin a la maldición que había caído sobre el pueblo desde que esas mujeres habían aparecido.

-Eh! Tíos! Por allá!- exclamó uno, señalando hacia un punto determinado de la espesura. Los otros dos miraron en la dirección indicada y entonces percibieron el débil resplandor. -Apresúrense!-

-Eh!- le detuvo otro, con el terror reflejado en las pupilas. -No será mejor esperar a que amanezca? Es muy peligroso tíos, de, de, de verdad!-

-No me vengáis con eso ahora, gilipollas!-

-Eh! EH!- intercedió el tercero. -Dejadlo en paz! Si no quiere ir, pues que se vaya.- Le lanzó una mirada conciliadora -Podéis iros, tío, pero no iremos por ti aunque grites todo lo que quieras.- La estatura del aspirante a desertor pareció disminuir progresivamente. -Nosotros seguiremos adelante, contigo o sin ti, pero tú te irás solo, te lo aseguro- El hombre se llevó la mano al cinto, de donde colgaba la funda que contenía su espada. Y conteniendo el pánico que le oprimía, se dijo que era mil veces preferible enfrentarse a demonios con sus compañeros que regresar sólo por el oscuro bosque, de donde dicen que nadie vuelve si llegara a perderse.

Continuaron su camino siguiendo siempre la luz frente a ellos, que aumentaba en intensidad a medida que se acercaban, y sólo se detuvieron cuando pudieron escuchar aquellos horribles cánticos. Avanzaron luego con cautela, y decidieron ocultarse tras el tronco de un árbol que daba justo frente al extraño ritual.

Todo sucedió demasiado rápido.

Justo cuando uno de los cazadores espiaba desde detrás del árbol, dos aves echaron a volar, haciendo con sus alas un ruido que llamó la atención del aquelarre. Los cuatro pares de ojos que parecían ver desde las profundidades del mismo infierno se fijaron en ellos.

Una de las figuras dejó caer un pequeño bulto al suelo, y de pronto, del bulto comenzó a salir un llanto de crío.

El asombro de los cazadores fue tal, que se quedaron ahí paralizados, a merced de lo que fuera que eran las cuatro monstruosidades los miraban. Las figuras se levantaron y los señalaron. Los tres cazadores salieron de su escondite. Uno de ellos dio un paso adelante, y desenfundó la corta espada que guardaba prendida del cinto. Señaló con el arma a las figuras cubiertas por sayos y habló con voz severa:

-Atrás! Enviadas de satanás! Atrás!- Los otros dos le flanquearon, y desenfundaron también sus armas, mas nada salía de sus bocas, que parecían haber sido selladas con el pegamento del terror. -Sabemos que han sido ustedes, y pagarán por ello!- Las cuatro figuras, en un solo movimiento sincronizado, se quitaron las capuchas de los sayos, dejando descubiertos los familiares rostros que los cazadores ya conocían. Los gritos del infante tirado en el suelo y envuelto en aquella sucia manta se hicieron cada vez más estridentes. -Entregadnos al crío, ya!- exigió el cazador; los otros dos adoptaron posiciones amenazantes. Las cuatro mujeres se miraron entre ellas, y luego soltaron una carcajada que pareció provenir de todas direcciones. A continuación enmudecieron, como si nunca hubieran emitido sonido alguno, y una de ellas dirigió un dedo hacia el bebé, que dejó de chillar de inmediato, para luego habló:

-Largaos de aquí, insolentes! Se atreven a interrumpir un ritual sagrado, y encima nos amenazan? Saben acaso el peligro que corren?-

-Ya nos han quitado todo!- dijo uno de los cazadores detrás del líder. -Nuestras esposas han desaparecido, y ustedes son las únicas culpables.- Otra risa burlona escapó de la boca de la bruja, y luego levantó un brazo, que culminaba en un delgado dedo que les señalaba amenazante.

-No volveré a decirles que se vayan. Acepten el regalo que les damos! La diosa Elara no agrada tomar hombres como alimento de su belleza, pero si no hay opción, lo lamentarán!-

-Ustedes lo lamentarán!- gritó la voz de un tercer cazador, que se adelantó a los otros dos, blandiendo su espada en un impulso desesperado provocado por el pánico.

Entonces todo se volvió surrealista.

Las mujeres parecieron desfigurarse ante los asombrados ojos de los cazadores, y levitaron como cuatro espectros fantasmales. La mujer que los amenazó extrajo de su túnica una daga ceremonial que brillaba a la luz de la luna cual preciosa joya.

En ese instante, los tres cazadores, cegados por la adrenalina, arremetieron contra las mujeres.

En un auténtico baño de sangre culminó aquella masacre, mas ninguna mujer se resistió siquiera. Sólo uno de los tres hombres, Oliver, permaneció de rodillas ante los cuerpos sin vida de las brujas y de los otros cazadores.

-Entonces me levanté con esfuerzo, y me acerqué a esa de bruja, la peor de todas, y cogí la daga ceremonial de su mano.- concluyó, señalando con el dedo el bulto que había dejado sobre la mesa hacía un momento.

# CAPÍTULO 03

Ninguno de los tres cazadores volvió al pueblo, y de las mujeres hasta el nombre fue prohibido. Ningún cuerpo fue recuperado nunca, así que féretros vacíos fueron enterados en funerales llenos de preguntas sin respuestas y de vacíos que nadie pudo llenar. Muchas canciones fueron cantadas después, y muchas historias fueron contadas, cada una con una versión distinta.

El tiempo transcurrió con su paso inexorable e implacable, los años se juntaron para formar décadas y la casa que un día habitó el cazador en las entrañas del bosque oscuro fue redecorada por las malezas y las verdes ramas de las plantas parásitas que se alimentaban unas de otras, dándole a la casa un aspecto de años de abandono. Aún vivía ahí, sin embargo, el cazador, cuyo pelo se volvió escaso y blanco, y sus músculos se ablandaron hasta formar una figura flácida y marchita.

Un buen día, a la casa del anciano llegó un grupo de personas, compuesto por una señora ya entrada en años, iba vestida de blanco y rosa, calzado sencillo para caminar largos trechos y un adorno también sencillo en el sombrero de ala. A su lado iba un mozalbete que le ganaba en altura, era muy delgado y parecía abstraído, con ojeras debajo de unos ojos negros que tenían la mirada fija en algún punto indeterminado. Y por último una criada, o al menos eso parecía, de rasgos nativos de alguna etnia que no llegaba a reconocer, con el pelo despeinado y la ropa curtida y decolorada, tenía todo el aspecto de haber sido recogida de alguna casa de refugiados.

El anciano los miró, primero con asombro y luego con resignación. Los invitó a entrar, comprendiendo que no había opción, la hora había llegado. -tomen asiento- invitó el viejo, señalando con un gesto las sillas de tosca madera que rodeaban una mesa no menos tosca. Por dentro, la casa era austera y muy poco decorada; la mayoría de lo que ahí había parecía estar hecho con la misma madera, y hasta se podía pensar que del mismo árbol.

Los dos recién llegados se acomodaron en las sillas mientras vieron al viejo desaparecer tras lo que parecía ser la cocina. Un olor de guiso les llegó cuando un sonido de ollas abiertas. Los ojos del muchacho se dirigieron hacia un estante que había en una de las paredes de la casa en el que había una colección de grimorios desgastados y con tapas de piel. No pudo evitar que el vello de sus brazos se erizara tan solo de imaginar lo que contenían.

El viejo volvió luego de unos minutos silenciosos. Les sirvió un mejunje en sendos tazones y se sentó también. Observó la mirada del chico y asintió.

-Sí, he tenido bastante tiempo libre para leer y aprender.- dijo, como para responder lo que probablemente estaría pensando el joven. -así que este es el muchacho- observó luego de una pausa.

-sí- dijo con orgullo la dama. -Oscar, se llama, Oscar Vega, como nosotros, y ya hoy es su cumpleaños número dieciséis.- los ojos de la señora enrojecieron de pronto y las lágrimas se agolparon, amenazando con desbordarse al menor movimiento. -debe hacerse, o si no...-

-la maldición volverá, lo sé.- le interrumpió el viejo.

La mujer le resumió la vida del chico mientras daban cuenta de lo que sea que hubiere en los platos. Según lo que escuchaba, el pobre muchacho no había tenido una vida normal y hasta el sol de hoy nadie le había escuchado decir ni una sola palabra. Burlas de los otros niños y castigos severos de los maestros rodearon, junto a la desesperación de aquellos que lo cuidaban, todo lo que él conocía, hasta que la edad le alcanzó y cumplir con su deber le era preciso. Fue entonces cuando la presencia de la criada encajó en el asunto.

El hombre acompañó a la dama hasta la puerta.

-Adios, Oliver.- Le dijo la mujer, tendiéndole una mano huesuda y pálida como la cera. -Cuida a mi muchacho- El viejo no dijo nada, esperó a que la mujer se hubiera ido para cerrar la puerta y luego, se volvió hacia el resto de la comitiva, paseando sus cansados ojos por los rostros de ambos.

Partieron al final de la tarde, cuando los rayos del sol eran amables y no quemaban las espaldas, pero eran aún potentes para iluminar todo. El viejo iba delante, y detrás los dos mocosos. Llevaba sólo tres fardos consigo, uno pequeño en el que iba envuelta una daga; una hermosa pieza de empuñadura dorada con incrustaciones de piedras preciosas, en otro, colgado de su cinto, frascos con agua y otras pócimas, velas de colores y cerillos, y en el otro fardo; más grande y en la espalda: una escopeta calibre doce.

El sitio parecía estar intacto, aún con el pasar de los años; al cerrar los ojos, aún podía ver con pasmosa claridad la salvaje batalla que libró junto a sus dos vecinos contra los entes del mal. Podía incluso oler la sangre que en aquel entonces impregnaba la tierra que ahora lucía inmaculada. Conocía bien el ritual, y se dispuso a recolectar pequeñas rocas de las inmediaciones para dibujar la figura en la que luego habría de colocarse el orador y pronunciar los cánticos. Luego de varias horas de preparación en las que el sol, al ver lo que se estaba preparando bajo sus ojos, se ocultó tras el horizonte, tal vez avergonzado, tal vez temeroso de lo que tal atrocidad atraería, y así, las sombras se adueñaron del bosque una vez más.

El hombre dio a la muchacha una infusión que había preparado con anterioridad, que la sumió en una especie de letargo de obediencia, y luego le entregó un pedazo de madera con una serie de caracteres tallados. Entonces comenzó la invocación.

Las pequeñas flamas de las velas parecieron dirigirse al centro de la abstracta figura formada por rocas, en cuyo centro se encontraba la criada de la señora Vega, entonando cánticos que jamás había escuchado, y en aquella odiosa lengua tan difícil de hablar; lo lograba, sin embargo, debido al poder de la infusión que había ingerido. Un halo de tenue azul comenzó a surgir de los pies de la muchacha, y subió hasta envolverla por completo. Ella seguía cantando con los ojos cerrados, aunque no se hubiera detenido si los abriese. De pronto, su semblante comenzó a transformarse. Las facciones de una doncella cambiaron de forma radical a los de una mujer de mirada experimentada y engreída.

Ante los ojos expectantes de los dos varones, la oradora abrió los ojos y una sonrisa maliciosa se dibujó en su boca, luego, como surgida de las profundidades de un mundo oculto, una risa chillona les castigó los tímpanos.

-Rápido, Oscar, la daga!- apremió el viejo, mas el muchacho no se movió de su sitio. -Qué esperas?- le gritó, pero Oscar seguía inmóvil. La figura de la chica en el medio de la figura ritual creció, y ahora era una mujer alta, y de su boca surgió una voz estertórea:

-Vosotros!- levantó una larga mano para señalarlos -Nos han invocado de nuevo! Cómo se atreven?-

-Silencio!- le gritó Oscar, saliendo al fin de su letargo. Recogió la daga que relucía acomodada sobre la tela de saco en el suelo, y amenazó con ella a la mujer. -Acabaré contigo ahora mismo!-

Mientras la disputa discurría, el anciano se movió despacio, en silencio, y desató el fardo grande que había dejado apoyado contra un árbol cercano. Aún de espaldas, escuchaba lo que sucedía.

-jajaja!- de nuevo la risa chillona les hizo apretar los ojos. -Ese amuleto será tu perdición, tu alma será entregada a los espectros de la luna (nombre de la luna) y nosotras volveremos! Tu muerte será inocua!- dijo. Entonces Oscar saltó hacia ella, blandiendo el arma, pero cayó de rodillas sin lograr atravesar la línea de piedras. Intentó levantarse, pero una fuerza se lo impedía; era como si alguien lo sostuviera por los hombros.

El eco de una explosión atronadora pareció sacudir el bosque. Y la cara de la mujer frente a él se transformó de un segundo a otro en la cosa más espantosa que jamás hubiera visto: Era una cara sin piel, con una mitad del cráneo destrozado exponiendo el contenido, y la otra mitad chamuscada a causa del impacto del cartucho de perdigones.

-Ahora, Oscar!- le apremió el viejo. Entonces el muchacho, reuniendo fuerzas, se levantó rápidamente y se dirigió con todo su peso hacia aquella aberración. Pero al atravesar la línea de piedras, una fuerza le quitó la daga de las manos, dejándola fuera. La mujer desfigurada levantó ambas manos, tomando a Oscar por el cuello, y alzándolo sin esfuerzo aparente.

Ante los ojos del viejo, el cuerpo de Oscar pareció sufrir también una transformación. Entonces un dolor en el pecho lo atacó de pronto, y sintió que una mano invisible presionaba sin piedad su corazón. Se llevó una mano al pecho, y cayó de rodillas. Sintiendo que le faltaba el aire, pensó que ya no le quedaba demasiado tiempo, y deseó con todas sus fuerzas que el muchacho completara su misión, o de lo contrario, su alma vagaría por el bosque para siempre. Levantó la vista, pero no estaba preparado para lo que sus ojos registraron. Su corazón no resistió, y la oscuridad apagó sus ojos para evitar que lo último que viese fuera una escena demasiado espantosa para llevar al otro mundo.

# CAPÍTULO 04

## VARIOS AÑOS DESPUÉS

La primera imagen que recibieron sus ojos coincidió con el primer sonido que escuchó.

Una estridencia, un barullo irritante y repetitivo le taladraba los oídos con saña, de él se apoderó una completa sensación de confusión y desorientación cuando abrió los ojos y miró aquel techo desconocido, no se trataba de que fuese un techo extraño realmente, es decir, era un techo de madera, sostenido por vigas como cualquier otro, simplemente se trataba de que, aún en la penumbra, no era un techo que relacionara con ningún sitio que conociera.

Estaba en algún sitio y no lo reconocía.

El ruido de la alarma en la mesita de noche al lado de la cama no le ayudaba en lo absoluto. Dirigió su mano hasta dar con el estruendoso aparato e intentó apagarlo, pero no logró sino echarlo al suelo y con el golpe, el sonido se detuvo. Todo quedó en silencio, al fin; sólo el ruido de un televisor en algún lugar de la casa que no podía determinar le indicaba que había alguien más en la casa.

Se incorporó en la cama, notando un fuerte dolor de cabeza y en diversas partes del cuerpo. Como pudo se levantó, se dirigió hacia la ventana e intentó abrir la cortina, pero tuvo que hacer un segundo intento, poniendo un esfuerzo que le pareció excesivo para tan insignificante tarea. De inmediato tuvo que retroceder cuando sus ojos fueron castigados cruelmente por el resplandor del sol que entró casi instantáneamente, invadiendo toda la habitación.



Volvió a sentarse en la cama, aún con ambas manos cubriéndose los ojos; se sentía débil y tiritaba de frío. Se quitó las manos de la cara y vio hacia el suelo. “qué extraño” pensó al ver sus zapatillas sucias de barro. Por curiosidad se miró la ropa que tenía puesta y observó que también estaban manchadas, pero... “Qué es esto?” pensó de nuevo, pasando cuidadosamente un dedo por la extraña mancha. “esto es... sangre?”.

Enseguida se sintió alarmado ante la posibilidad. Observó también que la camisa que vestía estaba hecha girones y tenía una gran mancha color marrón que parecía sangre. “pero qué diablos pudo haber pasado?” Se palpó varias partes del cuerpo, comenzando por la cabeza, pero no encontró nada extraño o fuera de lugar; al parecer, la sangre no era suya, si es que se trataba realmente de sangre.

Alex tenía veinte años, su revuelta mata de pelo castaño dejaba caer un mechón rebelde que nacía justo en medio de la frente y sus ojos color avellana claro parecían hablar de una edad mucho menor de la que su cuerpo alto y delgado se empeñaba en mostrar.

Se levantó nuevamente de la cama, buscó su teléfono móvil, pero no lo halló en ningún sitio, tampoco estaban su billetera o las llaves del coche. “maldición” imprecó para sí mismo.

–Ho...– se interrumpió, la voz no le salió de la garganta. –Hola!– Gritó, con un segundo intento. –Hay alguien?– Intentó escuchar algo, pero el noticiero en el televisor fue lo único que recibió como respuesta. Decidió salir; abrió la puerta y asomó la cabeza, miró a ambos lados y no vio a nadie, salió hasta la sala y encontró el dichoso televisor, se acercó para apagarlo, pero a último momento decidió dejarlo encendido. –Hola!– volvió a gritar, mas no se oía ninguna respuesta, ni siquiera unos pasos que revelaran la presencia de alguien, así que decidió que estaba solo. Se dirigió al cuarto de baño, intentó mirarse al espejo, pero este se empañó casi instantáneamente. Un ruido le distrajo antes de borrar la bruma del espejo y pensó que tal vez alguien había entrado a la casa. Salió a ver, pero era una falsa alarma, la casa seguía vacía.

Se llevó instintivamente una mano a la frente cuando lo asaltó un repentino dolor de cabeza que contenía imágenes de un recuerdo fragmentado, en el que veía unas escaleras que reconoció como parte de la casa de Sandra, su novia desde hacía poco más de un año. Vio también la habitación, pero no logró verla a ella.

Se sacudió la cabeza para despejarse un poco, tenía que saber qué diablos había pasado y por qué estaba confinado ahí en esa extraña casa. Nada tenía sentido, ni el sitio, ni su ropa rota y manchada, y esa mancha, sería sangre? O no. Se habría liado a golpes con alguien? Eso explicaría ciertas cosas. Al fin decidió que Sandra podría tener algunas respuestas, y si tal vez tampoco sabía nada? Eso era una posibilidad, pero al menos tenía que ir a verla. Fue hacia la puerta y salió, una bofetada gélida lo recibió, y el sol que castigó sus ojos no servía para mitigar el frío que le quemaba las manos y la cara como si lenguas de fuego le lamieran. No había ningún ruido que delatase alguna presencia más que la suya. El frío penetrante de la intemperie le llegó hasta los huesos, pero no había tiempo de preocuparse por eso.

El horizonte que se veía en la distancia estaba cubierto por una blanca neblina que se elevaba a pocos centímetros del suelo, y tuvo la sensación de que esa niebla se asemejaba mucho a lo que sentía en ese momento.

# CAPÍTULO 05

En medio del cielo azul, una minúscula mancha parduzca que podría ser cualquier ave lo cruzó hasta desaparecer en la distancia. La sucia fachada de la casa a sus espaldas parecía ahora menos amenazante que como la recordaba, o acaso no era la misma? Cerró los ojos y se llevó una mano a la cabeza, intentando despejarse.

No lo logró.

Ideas embotadas, flashes con imágenes confusas dibujadas tras un velo de incertidumbre le golpearon sin piedad.

Miró a ambos lados. Probablemente alguien le vio, probablemente alguien... Alguien?

No sólo no había ni un alma en toda la vasta extensión, tampoco había, hasta donde le alcanzaba la vista, otra edificación en la que pudiera habitar alguna persona.

Miró de nuevo sus ropas mugrientas, sucias de barro y Dios sabrá que más, pero no pudo sacar nada en claro.

Comenzó a andar sin rumbo, no perdió mucho tiempo en ese asunto, solo eligió un camino y avanzó. "a algún sitio debo ir a parar" siguió pensando mientras ponía un pie delante del otro, dejando la mayor cantidad posible de tierra entre él y la casa, intentó hacer memoria una vez mas, desde lo que acudía a él los últimos minutos hasta que no había más que una vacía laguna. Recordó abrir la puerta y recibir los rayos del sol y aquella helada ráfaga de viento. Antes, había dado vueltas por la casa buscando algo pero, qué buscaba? "maldición!" no podía recordar. Antes de eso, qué? El catre, sí, recordó abrir los ojos y ver el techo de madera con largas vigas, también de oscura madera.

Un ruido le sacó de sus pensamientos, se detuvo y escuchó. Sí, era sin duda alguna un coche. La vía debía estar cerca. Ubicó rápidamente el origen del sonido y emprendió la marcha hacia allá. No le costó mucho hallarla una vez atravesó un pequeño coto de árboles que había en medio del Prado, pues ahí estaba, solitaria y poco transitada. Enseguida distinguió el lugar. Sí, al fin un poco de luz en medio de toda aquella oscuridad mental.

# CAPÍTULO 06

La casa tenía dos pisos. Estaba construida con madera en su mayor parte y pintada de un suave color pastel. El césped del patio delantero estaba bien cortado y las gotas de rocío parecieron haber elegido, una por una, su exclusiva hoja verde para colgar. A ambos extremos, una fea roca sin forma ni gracia flanqueaba la entrada. La copa de un gran árbol plantado en el patio trasero se podía ver retrocediendo algunos pasos.

Alex intentó mirar a través de las ventanas, pero todas tenían las cortinas cerradas, impidiéndole ver más que esa típica tela plisada de color nácar que parecen ostentar todas las casas de aquel maldito pueblo.

-espera aquí, Perry- le dijo al peludo can que le acompañaba. Perry se sentó y él le acarició la cabeza como a un niño obediente. Perry era un perro de tamaño promedio que parecía resultado de una mezcla variada de razas, resultando en el más vulgar de todos los perros callejeros que había visto.

Había cruzado la ancha carretera después de salir de la plantación, y cuando logró orientarse y saber dónde estaba, puso rumbo de inmediato a casa de Sandra. Tal vez ella no supiera nada, pero tenía que hablar con ella; bueno, tenía que hablar con alguien, y definitivamente tenía que tomar un baño. Era cierto que iba un tanto distraído, caminando por el borde de la vía sin prestar mucha atención a nada, pero eso no justificaba que un borracho cabrón hubiera estado a punto de arrollarle. Había tenido otro episodio del tipo viaje intergaláctico, que le hacía dar vueltas la cabeza, golpeándola con aquel torbellino de imágenes extrañas y confusas en las que aparecía una mujer, luego otra mujer que podría jurar que era Sandra, aunque no podía ver su rostro, un pozo oscuro y profundo en medio de un bosquecillo semi cubierto por hojas secas. Fue entonces cuando, justo antes de que las piernas le fallasen, sintió el rugido del motor del coche casi sobre él. Encima el imbécil no tocó el claxon en ningún momento; sólo mordió el bordillo en dirección a él, por lo que tuvo que saltar hacia afuera del asfaltado para evitar el coche, que siguió hacia adelante como si no hubiera pasado nada.

Fue en medio del arrebato de ira y la retahíla de insultos y gestos que hacía al imprudente chofer, que escuchó los ladridos. Se volvió buscándolo y ahí estaba, ladrándole a él, precisamente. Miró a su alrededor pero no, no había nada más a lo que ladrar, y a menos que hubiera algún fantasma cerca, era él el objeto de los ladridos.

-quieres callarte?- le soltó, echándolo con las manos, pero el perro no le hizo caso. Siguió dirigiéndole su desaprobación; o lo que fuera que quisiera decir con aquellos ladridos irritantes. -shh! Ya! Vete de aquí!- pero el perro no obedecía. -bueno, púdretel- le espetó, y se volvió, continuando su camino. Se le hizo extraño que los ladridos no cesarían por más que caminara, entonces miró hacia atrás y vio que el perro seguía detrás de él; de no ser porque sabía que no estaba loco, hubiera pensado que no se había movido ni un metro.

-vamos fido! Qué te pasa?- le dijo en tono relajado. -ya sé que no me vas a morder, así que déjame en paz, sí?- en eso notó que el can, sin dejar de ladrar, comenzaba a mover la cola, señal que suele significar cierta actitud amistosa. -carajo! Ven acá, pulgoso!- le dijo, el perro hizo un ruidito agudo y dejó de ladrar, comenzando a jaderar y a brincar animosamente. Alex se acercó, y el perro no le huía. Se arrodilló y lo acarició. -como te llamas? Maxy? Bobo?, tienes cara de Bobo, pero tienes más cara de perro, sí...- el perro le saltaba, jugando con él. -no tienes collar, eres un vagabundo, eh? Perry te llamaré. Te gusta Perry?- el perro pareció responderle con brincos. Alex se levantó para continuar y Perry no se separó de él en ningún momento.

Ahora estaban ahí los dos, más como perros sin casa, por el aspecto desaliñado y sucio, que como visitantes de alguna señorita.

-Sandy!- gritó Alex, haciendo bocina con las manos.

Esperó.

Nada.

-Sandy!- volvió a gritar, pero nada ocurrió. -Señor Oscar!- Llamó de nuevo. La casa parecía estar vacía. Lo cual era realmente extraño, tomando en cuenta que el señor Oscar, su padre, no solía salir de casa. El pobre hombre tenía cierta condición que le impedía hablar, mas no era mudo; simplemente no hablaba.

Sandy, así le decía él, podía ser una muchacha hermosa, claro, pero no dejaba de ser la típica pueblerina cuya vista no podía ir más allá del pueblo, y a menos que algo grave haya pasado, era extraño que no estuviera en casa. Volvió a llevarse las manos a la boca y gritó una vez más.

Al no obtener respuesta alguna se volvió hacia Perry y le hizo un gesto levantando las cejas, luego se acercó a la puerta y golpeó, pero ni siquiera un murmullo se oía dentro.

Luego de golpear un par de veces más sin recibir otra respuesta que un desesperante silencio, decidió coger su perro y largarse de allí. Algo, sin embargo, se lo impedía; no sabía muy bien qué, pero no podía simplemente dar la vuelta e irse. Algo muy extraño le decía que tenía que entrar en esa casa, estuviera vacía o no.

# CAPÍTULO 07

Sentado en un rincón de la habitación en penumbras, Alex se retorció las manos y tiraba de sus cabellos compulsivamente; no dejaba de golpearse la cabeza con la pared e intentaba no abrir los ojos para no ver la atrocidad que frente a él aparecía, inmóvil, como un cuadro pintado por algún artista de mente retorcida, enferma en etapas de encierro obligatorio. El pánico dio paso a la angustia, y la sensación de abandono total y desorientación le oprimía duramente; se sentía perdido y sin saber qué hacer o, peor aún, qué había hecho.

Había entrado por una ventana lateral de la casa, tuvo que romper una ventana, y el estrépito pareció retumbar por todo el solitario patio. Una ráfaga de aire viciado salió del agujero hecho en la ventana y Alex arrugó la cara con una expresión compungida. Metió la mano por el agujero y destrabó el pestillo, para abrir la ventana hacia arriba. No entró de inmediato debido al aire viciado que escapó apenas tuvo un resquicio para salir. Así que levantó la ventana completamente; en el suelo se podía ver la sombra del vapor huyendo como un criminal perseguido. Oyó el ruido de un programa de televisión que provenía de la sala y pensó en por qué el señor Oscar no habría abierto la puerta. Esperó un par de minutos y por fin se deslizó dentro del edificio.

La casa olía mal. Muy mal, y eso le aceleró el pulso.

Un súbito escalofrío le recorrió todo el cuerpo, y se detuvo al pensar en otro ataque, pero este no sucedió. Anduvo por la casa con lentitud, temiendo hacer mucho ruido, aunque pensaba, por otro lado, que lo mejor era hacerse oír, pero no lo hizo.

Sabía que la madre y la hermana menor viajaban con frecuencia a la capital, donde residían los hermanos de Sandra, dos y tres años mayores, y últimamente ella no había tomado parte en el viaje para quedarse con su padre en casa, pero no podía recordar qué tanto se habían ausentado; generalmente no era más de un día, así que, en teoría, ya debían estar de regreso.



Alex se dirigió al comedor. Al pasar por la sala se acercó al televisor encendido; en el sofá sólo había la marca que había dejado el cuerpo del señor Oscar después de años de sentarse en el mismo sitio. Lo apagó. Notó que las bombillas de toda la casa estaban apagadas, lo que acentuaba más la sensación de soledad.

La mesa estaba vacía, y no había indicio alguno de que alguien se hubiese sentado allí recientemente. Pasó a la cocina, pero tampoco vio nada inusual, la heladera continuaba funcionando y todo lo demás estaba en su sitio. Abrió la heladera y se dio cuenta de que no había comido nada desde hacía varias horas, pero no tenía hambre, ni sed, así que cerró de nuevo la puerta, y desanduvo el camino hacia la sala, donde unas escaleras llevaban a los dormitorios de la planta alta.

Nada más acercarse a la antigua madera de teca barnizada y los brillantes escalones pulidos, tuvo la sensación de que sobrevenía otro ataque. Se detuvo al pie de las escaleras e instintivamente se llevó la mano a la frente, apretando con fuerza. Pero esta vez, las imágenes llegaron sin dolor; era sólo un flash de memoria en el que vio sus propios pies subiendo esas mismas escaleras el día anterior. Intentó forzar su recuerdo a levantar la vista para ver quién iba delante, pero no lo logró, aunque no tenía mucha importancia; sólo podía ser Sandra.

Comenzó a subir peldaño a peldaño y la madera rechinó bajo su peso, cosa en la que no había reparado antes, y pensó que tal vez siempre había sido así pero no era algo en lo que tuviera necesidad de prestar atención. Continuó escaleras arriba, deslizaba una mano por la guía de madera, la suave textura parecía indicar un reciente trabajo de mantenimiento. Al llegar al pasillo se dirigió directamente a la habitación de ella; no tenía sentido hurgar en las otras.

Justo al detenerse ante la puerta de la habitación, y sin darle tiempo a presionarse la frente, lo que aliviaba un poco la sensación de que la cabeza iba a explotarle, el ataque sucedió.

Retrocedió tambaleándose.

Otra repentina tormenta de recuerdos inconexos le golpeó tan fuerte que a punto estuvo de caer rodando escaleras abajo, pero logró sostenerse de la guía en el último momento. Esperó hasta que su mente lograra calmarse y recobrar su estado normal y continuó. A tientas se apoyó de la pared, intentando mantener el equilibrio, lográndolo por poco. Hizo unas cuantas inspiraciones profundas y consiguió calmarse. Abrió los ojos al fin, y le costó enfocar de nuevo. Parecía como si algo le impidiera avanzar, como si algo no quisiera que cayera el velo que lo mantenía sumido en la incertidumbre.

No podía saber que lo mejor para él era no abrir esa puerta.

Lo que sus ojos vieron al entrar en la habitación no pudo ser comprendido por su cerebro de la forma como estaba presentada, y no fue sino hasta que pudo componer la imagen como algo real y no como parte de alguna pesadilla de la que no sabía como despertar, que se sintió realmente débil. Las piernas no soportaron más y cayó de rodillas en el umbral de la puerta.

Como pudo se arrastró hasta un rincón, y ahora ahí, desparratado como si hubiera recibido un golpe devastador, se debatía entre la locura y la razón para saber qué podía hacer a continuación.

El espantoso cadáver que yacía en la cama frente a él le acusaba como un jurado furioso. La sangre que goteaba viscosa y lentamente formaba un grotesco charco en el suelo que lo mantenía hipnotizado e inmóvil.

# CAPÍTULO 08

Alex continuaba ahí sentado, aún desorientado, atónito y lleno de confusión. Su mente había quedado en blanco, incluso deseó tener otro ataque para así poder dirigir su atención a otra cosa que no fuera aquella grotesca escena. Pero nada sucedía. Los ladridos de Perry comenzaron a escucharse, tal vez el animal se había preocupado de que Alex no hubiera vuelto a salir. Escuchó cómo el perro raspaba la puerta con sus patas, y hacía ruidos de manifiesta preocupación. Al desviar su atención hacia otro lado, notó con su visión periférica que en la inmóvil y macabra escena de muerte sucedía algo; y sus ojos volvieron a posarse en ese punto, pero todo seguía igual. Intentó levantarse, y por un momento pensó que no lo lograría, pero con un nuevo esfuerzo se puso en pie; no era posible quedarse ahí tirado hasta el final de los tiempos. El perro seguía ladrando y chillando allá afuera, y Alex le dio la espalda a la habitación para salir, pero en el momento en el que decidió marcharse y averiguar qué había pasado, el movimiento en la cama volvió a suceder, y esta vez estaba seguro de que algo había pasado. Con expresión de duda se acercó al lecho y entonces, lo creyó haber visto, se materializó ante sus ojos con pasmosa claridad.

Del pecho del cuerpo de Sandra, que estaba tirado boca arriba, comenzó a emerger una especie de halo verdoso tan débil que tuvo que acercarse aún más, casi hasta poder oír el natural proceso de descomposición del cadáver. El extraño ectoplasma se elevó a una altura considerable, y Alex retrocedió lentamente, observando cómo aquella cosa se concentraba sobre el cuerpo mutilado y comenzaba a tomar forma. Luego de una larga espera, en la que Alex no pudo quitar la vista de aquello, por fin la forma se materializó completamente.

Era Sandra.

Sí, Sandra, pero, no completamente, es decir, ahí estaba, pero parte de su cuerpo parecía estar debajo de la cama, atravesándola.

Alex retrocedió hasta dar con la pared. El espectro se acercó a él, y entonces la figura estaba completa. Él la miraba asustado, y ella le preguntaba en silencio ¿Por qué?. El levantó una mano para acariciarla, mas su hermoso rostro se transfiguró en una calavera, esa yerta y silente compañera de la lóbrega noche.

La mujer le dio la espalda y salió de la habitación. Él dio una última mirada al cadáver y fue en pos del fantasma.

-Espera!- dijo, y el eco resonó por doquier. El fantasma se deslizaba como si fuera sobre ruedas, sin siquiera mover su cuerpo, Alex la siguió escaleras abajo, atravesó la sala y la vio pasar a través de la puerta. Él se dirigió rápidamente hacia la ventana por donde había entrado y salió a la fría intemperie.

Estaba anocheciendo ya, y la oscuridad se iba apoderando de todo como un inmenso manto. Las grises nubes corrían veloces arrastradas por gélido viento invernal, y el astro de la noche iluminaba con singular brillo. Alex echó a correr detrás de Sandra y, detrás de él, se unió también Perry. No supo cuanto habían recorrido, ni reconoció los caminos por donde iba, pero en cierto punto él vio que el espectro estaba inmóvil frente a una estructura en el suelo y ambos dejaron de correr. Era un paraje yermo, ceniciento y desolado, y a la luz de la luna se veía más lúgubre aún. La cerca de vieja y desgastada madera que delimitaba el acceso, tenía una verja en medio que se sostenía sólo por el gozne inferior. El fantasma de Sandra pasó a través y Alex la siguió. Dentro vio que la zona había sido arrasada por un incendio, y que otrora había sido un sitio de pastoreo y siembra.

Sandra estaba de nuevo inmóvil frente a un grueso tronco quemado, señalando algo en ese punto. Alex se acercó a su lado y miró lo que ella señalaba: Ahí en la corteza grisácea del viejo tronco un delgado surco hecho con algún objeto filoso dibujaba un tosco corazón, en cuyo centro se podían leer las letras S y A. Alex se acercó a la marca, y al tocarla con la yema de los dedos, recibió el salvaje golpe de otro ataque de recuerdos; este, mucho más grande que cualquiera, tanto, que sintió el abandono que, según pensó, debería sentirse al morir.

# CAPÍTULO 09

El ataque fue brutal. Cayó de rodillas abatido, se encorvó y golpeó el piso fuertemente con la cabeza. Luego, una larga secuencia de flashes inconexos se fue aglomerando en su mente hasta que una explosión le envolvió en un extenso océano blanco. Poco a poco la bruma se fue disipando, e imágenes con más sentido se proyectaron frente a sus ojos como una película; como si estuviera frente a una pantalla de cine y él estuviera en primera fila.

No podía verse a sí mismo, sólo veía la punta de sus pies subiendo las escaleras que llevaban al dormitorio de Sandra, iba tomado de la mano de ella. Sandra volteó a mirarlo, y su sonrisa pareció iluminarlo todo. De pronto, otro destello blanco lo borró todo y luego volvió a ver sus pies aparecer poco a poco, pero esta vez estaban sobre un suelo de tierra lleno de hojas húmedas y de colores ocre. Notó que caminaba con ella por el mismo terreno en el que hacía un segundo había pisado siguiendo al espectro de Sandra, pero ahora Sandra no era un espectro; le tomaba de las manos y reía radiante y llena de alegría. Se llevó un cigarrillo encendido a la boca y aspiró, soltando una bocanada de humo, luego le dio el cigarrillo a él, quien lo tomó, y aspiró también; no era un cigarrillo comercial. Había también una botella de licor; ella bebió directamente de esta, y él también. Un montículo hecho de paja había por ahí en cualquier lugar, y ahí se echaron los dos. Todo parecía tan hermoso, tan feliz, pero mientras rodaban por el pasto, riendo y acariciándose, tropezaron con aquel tronco, y él se sintió furioso, y actuó de forma infantil. Se levantó bruscamente, era obvio que estaba ebrio y algo colocado. Pateó el tronco varias veces, Sandra lo veía y le decía cosas, pero él no podía entenderla. Entonces una de esas coces dio con algo más fuerte que el tronco: era una pieza metálica que estaba clavada en la corteza. Alex la miró, y la dorada empuñadura parecía oscilar frente a sus ojos. Alargó una mano, intentando en realidad que dejara de moverse, más que para hacerse con el objeto, y haciendo un esfuerzo, logró sacarlo del árbol.

Una sensación extraña le recorrió todo el cuerpo mientras sostenía aquella hermosa pieza. La miró embebido, le dio vueltas en la mano y la

observaba, como si el brillo de la hoja lo hipnotizara de alguna forma. La voz de Sandra lo sacó de aquel trance.

-Alex?- al fin escuchó con claridad -qué te pasa? Qué es eso?-

-Pues no lo sé- dijo él, aún con el puñal en la mano. -Simplemente estaba ahí- señaló con un dedo el tronco.

-A ver!- dijo ella, quitándole el cuchillo de las manos. Entonces, al sostenerla, un cambio obró en su semblante. Una transfiguración que, aunque no deformó su rostro, dejó ahí a alguien que no era Sandra. Se parecía mucho a ella, pero definitivamente no lo era.

-Sandy?- preguntó con cierto recelo. -Sandy qué haces?- Ella no respondió, estaba mesmerizada, con la mirada fija en la daga. -Sandra, será mejor que me des eso- le dijo, e intentó quitarle el arma, pero ella la tenía aferrada tan fuerte que por un momento sintió miedo. Como si nada hubiera pasado, los ojos de Sandra volvieron a la normalidad.

-Eh... Sí, Alex- dijo, pestañeando como si acabara de darse cuenta de que estaba fuera de sí. -Eh... No, nada!- le dijo, tratando de aplacar la inquietud en la expresión de Alex. Dejó caer el cuchillo, que cayó suavemente en la tierra, clavándose hasta la mitad.

Sandra se detuvo justo antes de cruzar la verja rota, e hizo un gesto con las manos indicando a su compañero que algo faltaba.

-Cielos, Alex!- exclamó con una preocupación fingida. -Hemos dejado la botella allá.- Señaló. -iré a por ella, aguarda aquí.- dijo, y volvió con paso presuroso hasta el pie del árbol quemado, de donde recogió la botella medio llena y, también, aquella daga de empuñadura dorada, para luego ocultarla en sus ropas.

Se fueron de ahí los dos, y recorrieron el camino de regreso a casa en absoluto silencio. Ninguno dijo una palabra hasta que divisaron la alta fachada de la casa de dos plantas. Sandra abrió la puerta y ambos entraron. Él señor Oscar estaba, como de costumbre, sentado frente a la pantalla del televisor de la sala, en un intrigante silencio. Alex saludó, aún sabiendo que no obtendría respuesta. Se dirigieron a la cocina, Alex se sentó en una butaca frente al mesón, y ella comenzó a preparar algo.

-Cuándo tiene pensado regresar tu madre, Sandy?- Preguntó Alex, más por romper el hielo que se había formado hacía un buen rato que por saber de verdad la respuesta a esa pregunta.

-Pues la verdad no se, Alex, y me tiene sin cuidado.- Alex notó cierta brusquedad en la respuesta, pero decidió no prestar atención y continuar como si no hubiera sucedido nada.

Conversaron de esto y de aquello, Alex parecía animado; el efecto del alcohol y del cigarro, que habían pasado ya, parecía demandar una nueva dosis, y se levantó para coger una botella que había ahí en la encimera. La abrió y sirvió dos vasos con hielo y un poco de soda para suavizar el licor. Luego de una hora o poco menos, ambos comenzaban a manifestar los efectos del etil, y lo que antes le había parecido a Alex una actitud antipática, había desaparecido para convertirse en otra cosa. Se había emborrachado muchas veces con Sandra, y se habían colocado también con otras sustancias, pero era la primera vez que veía en los ojos de ella esa expresión, ese brillo extraño que le pareció algo más que simple deseo carnal, era... Lujuria.

Subieron la escalera tomados de la mano, ella se volvió hacia él, y creyó recordar que sonreía, pero ahora su sonrisa no era la misma, parecía esa mujer que había visto antes sostener la daga y que no era Sandra. Luego se fijó en sus ojos, y entonces pasó algo que no había experimentado nunca antes, y todo se convirtió en un auténtico infierno.

Primero se sintió como si volara, pero luego vio que su cuerpo permanecía en su lugar, y sintió también que algo se aferraba a su cuello y lo elevaba por los aires mientras seguía viendo su cuerpo allá abajo. Finalmente, tuvo que contemplar desde la altura el horrible episodio que se desarrolló en los minutos siguientes:

Ambos entraron a la habitación, ella lo atrajo hacia sí y le besó de forma intensa, metiendo la lengua en su boca de una forma que él no había sentido; definitivamente aquella mujer no podía ser Sandra. Pero eran tan delicioso aquel beso cargado de todo ese fuego, que aún desde donde estaba, podía sentir todo lo que estaba pasando. Ella le apretaba con fuerza y pasaba las manos por su cuerpo de forma desesperada, hambrienta. Le desabrochó la bragueta del pantalón, e introdujo la mano, no quedando en ella un solo centímetro libre. Las ropas comenzaron a caer al suelo, dejando un reguero que conducía a la cama en medio de la habitación.

Entonces de pronto todo cambió.

Ella lo sostenía con fuerza entre sus piernas, y él, semidesnudo, creía saber perfectamente lo que sucedería a continuación.

No sucedió así.

Sus ojos sufrieron una transformación terrible: sus pupilas se alargaron hasta adoptar una forma reptiliana, como los de una serpiente. Los dedos de sus manos se crisparon, cerrándose sobre el cuello de la mujer. La boca se convirtió de pronto en un arma mortal, en una prensa dentada que desgarraba y destrozaba.

Por increíble que pareciera, Sandra reía de forma diabólica, y aferraba con sus manos el cuerpo de Alex, que parecía poseído por alguna especie de demonio. La sangre salía expulsada con presión del cuerpo de la mujer, pero ninguno de los dos parecía notar aquello, ella continuaba riendo ruidosamente mientras la atrocidad continuaba su fatídica trama hasta que, naturalmente, uno de los cuerpos ya no volvió a moverse.

Alex, o lo que parecía ser Alex, se separó del cuerpo horriblemente mutilado. Salió de la habitación como un rayo, bajó las escaleras a trompicones. El señor Oscar estaba de pie, en la sala, con los ojos abiertos como platos y con una expresión de horror. Alex saltó sobre él como un felino salvaje y hambriento. El hombre logró evitar que lo alcanzase, y corrió hacia la parte trasera de la casa, donde había un depósito en el que guardaban cosas inútiles que pretendían algún día utilizar. El hombre abrió la puerta y entró en el pequeño habitáculo.

Cuando el alienado joven apareció en el umbral del depósito, el señor Oscar le aguardaba aferrando nerviosamente un machete viejo y oxidado. Alex no le dio importancia y atacó. Recibió un golpe mal ejecutado por parte del viejo, y aprovechó ese error para arrebatarse el arma al hombre.

Minutos después, tras un portazo, la casa quedó en silencio. Varias personas en los alrededores verían a un desquiciado correr como un poseído por la espesa oscuridad. Aún sentía que su cuerpo etéreo estaba atrapado por una entidad malévola, y lo llevaba por los aires en pos de su cuerpo desposeído de su esencia y que actuaba como un animal salvaje.



Por fin tanto él como su cuerpo divisaron la casa de dos plantas ubicada a pocos metros de aquel bosquecillo. El edificio estaba emplazado en un claro, y se podía ver desde un camino de piedra que parecía no haber sido transitado desde hacía varios años; el musgo verde oscuro que crecía sin ningún orden entre las rocas que formaban la entrada.

Alex se sintió de pronto liberado de aquella entidad que lo apresaba, y pudo volver a habitar su cuerpo terrenal. Sus ojos volvieron a su forma original, y se miró las manos como quien intenta reconocerse a sí mismo. No tenía antes idea de por qué estaba en esa casa, ni tenía idea en ese momento. Una voz quejumbrosa que parecía provenir de todas direcciones al mismo tiempo llamó su atención.

-Alex!- era la voz de Sandra. Alex se volvió hacia ella y pudo ver que señalaba un punto impreciso detrás de la casa-Ese bosque es el último resquicio de la hermandad.- decía, y Alex notó que no movía los labios; su voz parecía llegar directamente a sus oídos sin atravesar el espacio que lo separaba de ella. -Ahí debes ir y devolver la llave.-

-Llave? Pero de qué estás hablando, Sandy?- preguntó, y dio un paso hacia la figura espectral de Sandra.

-La llave que tú y la mujer tomaron sin medir las consecuencias.-

-La llave, pero qué demonios...- murmuró para sí, y comenzó a palparse hasta que sintió algo duro en su costado, metió la mano en la cazadora y encontró que en su mano tenía el puñal ceremonial que habían encontrado en aquel lugar abandonado.

-Sa, Sa, Sandy!- Balbuceó, mirando el puñal con asombro.

-Sí, la llave, debes devolverla a la hermandad.-

-Sandy! Pero qué hermandad? No entiendo nada!- De pronto, un cántico lastimero comenzó a taladrar su cabeza:

*-...eres igual a mí, eres triste y feliz, cálida y fría, cuando yo no pueda hablarte, los lobos cantaran para ti aquella canción que Él cantó...-*

Mientras la melodía sonaba, el espectro de Sandra comenzó a deslizarse, y se acercó a Alex al tiempo que le decía:

-Ven conmigo, te ayudaré a liberarte.- Alex la siguió. Rodearon la casa y llegaron al límite con el bosquecillo, en el que una hilera de árboles servía de cerco, y a través de estos se podía sentir la opresiva oscuridad que más allá de esos límites había. Más allá, oculto detrás de la fachada de la casa, un solitario pozo abandonado se podía atisbar entre la montaña de hojas secas y los arbustos que crecían alrededor. A un lado del borde del pozo, Perry aguardaba

en posición vigilante.- Ahí! Dijo la voz etérea de Sandra. -Debes dejar la llave ahí...- Alex vio el pozo, y enseguida un torbellino poderoso pareció tirar de él en alguna dirección que no supo precisar, y el vértigo le hizo sentirse desfallecer, y la visión se volvió un espiral de imágenes mezcladas y distorsionadas, hasta que todo se volvió nada, y la negrura cayó sobre él como un velo.

## CAPÍTULO 10

El tronco quemado fue lo primero que vio cuando la sensación de viajar por el espacio a la velocidad de la luz cesó y pudo al fin abrir los ojos. Estaba completamente solo y la oscuridad de la noche comenzaba a menguar. Como un loco, se puso de pie y comenzó a buscar entre sus ropas sin encontrar nada. “maldición!” pensó, y de nuevo se dirigió con paso vivo hacia la verja que, varios metros más allá, se hallaba aún colgando de un gozne. Salió como una exhalación entre el estrecho espacio y corrió como un poseso a través del campo abierto. Y corrió y corrió sin detenerse ni un segundo, pues sabía exactamente a dónde se dirigía, y no fue sino hasta ver de cerca la alta fachada de aquella casa que dejó de correr. Se detuvo un momento a mirar la casa y los alrededores, para luego correr de nuevo hacia el cerco de árboles. Volvió a detenerse cuando vio parte de los ladrillos del pozo que sobresalía entre el montón de hojas secas y los arbustos, y se acercó a este con un miedo cada vez más profundo; con un terror casi paralizante.

Al llegar al sitio en el que aún se podía ver el pozo cubierto de maleza y hojas secas, la imagen de Perry aún ahí, sentado como si lo estuviera esperando, le hizo sentir algo extraño. El can se incorporó cuando lo vio acercarse, y metió la cola entre las patas y comenzó a gemir con un deje de tristeza, mas no pudo evitar que Alex asomara la cabeza al borde del pozo y que sus ojos se encontraran con la visión más espantosa que jamás hubiera imaginado ver: Allá abajo, a pocos metros de distancia, y tirado como cualquier cosa sobre una montaña de huesos de apariencia humana en una posición anti natural, un cadáver parecía observarlo con los ojos aún abiertos en un gesto de asombro perpetuo; como si supiera, aún desde las infinitas distancias que separan la vida de la muerte, que aquel que desde arriba lo miraba, era el fantasma que una vez habitó en él.

# CAPÍTULO 11

Sentado en su silla ergonómica, el teniente de la policía local disfrutaba de un inusual silencio en su oficina, a esa hora desierta. No había un alma en toda la estación, y a él le importaba muy poco. Se levantó y abrió el archivo ubicado en una esquina, juego entre las carpetas y sacó una de ellas; podría parecer que buscaba una en específico, pero no era así, su elección se debía completamente al azar. Volvió a su escritorio con la carpeta marrón en la mano y la abrió para revisar su contenido.

-José Rodríguez- dijo en voz baja -qué haré contigo?- continuó. Pasó una hoja y leyó una vez más el caso: era un documento de tan solo seis páginas de extensión, y describía a un chaval de procedencia Latinoamericana que había errado el camino en algún momento, pero a su edad aún tenía salvación. Leía la lista de delitos que el puertorriqueño había cometido a lo largo de su corta carrera criminal cuando el anticuado teléfono de disco sonó ruidosamente a su lado.

-teniente Andersen al habla!- dijo con voz autoritaria después del tercer timbrazo. La voz de su interlocutor se escuchaba molesta.

-le copio, me dice la dirección, por favor?- cogió su libreta de anotaciones y un bolígrafo. Se acomodó el auricular con el hombro y transcribió lo que oyó. -sí, gracias, enviaré una unidad a Investigar... sí, está bien, hasta luego.- Andersen colgó la llamada con los dedos y volvió a levantarlos para obtener tono, luego marcó tres números...

-sí, Dom, necesito que eches un vistazo a una dirección.- esperó la respuesta. -perfecto, toma nota...- el teniente colgó el teléfono después de dar indicaciones al oficial. Se levantó y llevó la carpeta de nuevo a su sitio en el archivo y salió de la oficina. Afuera ya comenzaba a sentirse el ajetreo de la gente; los uniformados que ocupaban sus puestos de trabajo, otros que se situaban detrás de los teléfonos de emergencia y los civiles que llegaban temprano con sus quejas y denuncias. Hizo caso omiso de todo aquel barullo que no tardaría

en convertirse en un auténtico mercado público. Fue hasta la máquina de café y se sirvió uno cargado. Pensó en salir a fumar un cigarrillo, pero el aire de la mañana estaba helado, bueno, punto menos para el vicio. Su teléfono móvil sonó. Sin prisa, Andersen lo cogió; en la titilante pantalla aparecía escrito: Dominic.

-Dom, que pasa?- levantó el brazo y miró su reloj. Había pasado poco más de media hora.

-jefe, llegamos a la casa, tengo malas noticias: hay un cadáver, un hombre joven, tendrá unos veinte a veintipocos años, parece un accidente.- Andersen se recostó de la pared y bebió un sorbo de humeante infusión. -entiendo, algún familiar con el que ponerse en contacto?-

-jefe, el occiso está en el fondo de un pozo, no hemos entrado a la casa aún.-

-ya veo, aguarde, enviaré allá una unidad forense.-

-copiado, jefe, y mejor será que venga usted aquí, hay cosas que no encajan.-

-perfecto, voy para allá.-

Para cuando Andersen llegó a la escena, la unidad forense había recuperado el cuerpo del muchacho.

-bien? Qué tenemos?- preguntó el teniente apenas se unió al grupo. Dominic se adelantó a responder:

-el interfecto se llama Alex Martelli, tenía veintidós años de edad. En su billetera hayamos los datos de una tal Sandra Vega.-

-bien, ustedes dos- se dirigió a la unidad forense, compuesta por el médico adjunto y el oficial de la unidad- entren a revisar la casa, aquí está la orden- les extendió un sobre sellado. -Dom, vamos a averiguar qué relación hay entre la señorita Vega y el occiso.- cogió su teléfono móvil y marcó un número pregrabado, luego pidió a Dominic sus apuntes.

-sí, aquí Andersen- esperó

-jefe, aquí base de datos.-

-bien. Necesito que averigües todo lo que puedas acerca de Sandra Vega, comienza con esta zona, y luego el distrito, espero la llamada.-

-Hecho-

Andersen colgó, y mientras esperaba, decidió acercarse al finado y estudiarlo un poco. Un perro color marrón sin gracia lo interceptó.

-Hey!- se defendió Andersen, deteniéndose ante el animal -quieto, fido!- a continuación se puso en cuclillas y el perro comenzó a agitar la cola y a resoplar con otro humor. -era tu amigo, no? Fido?- el can se acercó, Andersen le acarició la cabeza mientras buscaba un collar de identificación, pero no encontró nada. -Quién eres tú, amiguito?- dijo.

-Estaba aquí cuando llegamos, jefe.- era la voz de Sanchez, que seguía a Andersen a pocos pasos. -de hecho, fue por él que encontramos el cuerpo, hubiéramos revisado el pozo en último lugar, pero él no dejaba de asomarse por el borde-

Andersen le ofreció otra caricia y continuó hacia el cadáver, ahora con el permiso de su peludo amigo. El muchacho era delgado y alto. Sus huesos sufrieron algunas fracturas, como pudo observar, llevándose la peor parte la unión de la cavidad occipital y la espina dorsal, causándole una muerte violenta.

-qué forma de acabar, no?- comentó Dom, acercándose a Andersen desde atrás.

-sí, tienes razón, Dom, parece un accidente pero, según lo que veo, y lo que con seguridad me dirá el forense, esta sangre no es de él... algo me da mala espina.-

-por eso le hice venir, jefe, el barro en su ropa tampoco parece pertenecer a estas zonas, y...- hizo una pausa para buscar algo -encontramos esto también entre las ropas- Dom le entregó una bolsa transparente y sellada que contenía en su interior, perfectamente visible, lo que parecía ser una fina daga plateada con empuñadura dorada con cuatro piedras preciosas de varios colores. El móvil de Andersen sonó mientras estudiaba detenidamente la joya, y él contestó sin mirar la pantalla.

-es muy pronto! Qué averiguaste?-

-la dirección de Sandra Vega, jefe, se la doy.-

Andersen tomó nota y colgó, luego llamó a otro número, también grabado en la agenda electrónica del teléfono.

-Sánchez, necesito que vayas de inmediato a la dirección que te voy a dar y preguntes por Sandra Vega, luego averigua qué relación tiene con Alex Martelli y cuándo fue la última vez que le vio.-

-listo, jefe.-

La línea quedó en silencio, y Andersen decidió esperar en el coche, Dominic se unió a él. La unidad forense estaba aún dentro de la casa y había que esperar la respuesta de Sánchez.

## CAPÍTULO 12

Andersen y Dominic iban a toda marcha en sus respectivos coches, no llevaban las cocteleras encendidas, pero por la velocidad que llevaban, nadie podía decir que no les esperaba alguna emergencia. La unidad forense les iba a la zaga en la misma dirección. El recorrido duró unos cinco minutos, tomando en cuenta que iban a más de cien kilómetros por hora, y cuando los tres vehículos llegaron a destino, otro coche blanco y azul les esperaba con las puertas abiertas; ese sí tenía encendidas las luces del techo. Sánchez y Jones estaban en la entrada de la casa como dos custodios de algún edificio del gobierno, y liberaron un poco la tensión al ver llegar al resto del equipo.

-buenos días, caballeros!- anunció Andersen mientras arrojaba la colilla de cigarro lejos de él. -qué ha pasado aquí?-

-es horrible, jefe!- respondió Sánchez, intentado no expresar nada a través de su voz -nunca había visto algo parecido!- concluyó justo antes de que su voz se quebrase. Andersen hizo una seña con la cabeza al médico, y este fue directamente a la casa, llevaba a mano su maletín, detrás de él, el oficial de la unidad.

Cerca de una hora después, la unidad forense seguía aún dentro de la casa, y Andersen decidió entrar y ver con sus propios ojos la razón de la tardanza.

Nada en sus años de trabajo en la fuerza policial lo había preparado para lo que vio cuando, después de subir las escaleras de fina madera de teca, entró a la habitación de la segunda planta. El cadáver destrozado de aquella chica no parecía obra de un criminal habitual, pero de ninguna forma encajaba con el perfil del occiso de la escena anterior.

-Jefe!- La voz del forense llegó desde debajo de la casa.

-Di, di, diga!- pudo al fin articular, saliendo poco a poco de su asombro.

-Venga acá, rápido!-

-Qué pasa, Rodríguez?-

-Hay otro cadáver.-



# EPÍLOGO

Sentado en su silla ergonómica frente al escritorio de madera, Andersen ojeaba una de sus, aparentemente, interminables carpetas marrones que contenían perfiles criminales. La puerta sonó con tres golpes secos, sacándolo de su concentración. Levantó la vista por sobre los bifocales y anunció:

–pase!– un muchacho con uniforme gris abrió la puerta y entró, llevaba consigo varios sobres, y después de pasar los dedos entre ellos, cogió uno y lo entregó al teniente, luego, entregó también un formulario.

–firme allí, por favor.– señaló el joven. Andersen firmó y entregó el formulario, tras lo que el muchacho se marchó.

Andersen abrió el sobre, dentro había cuatro documentos identificados con etiquetas:

- Alex Martelli
- Sandra Vega
- Oscar Vega
- Informe

El primero, el segundo y el tercero contenían los perfiles de los implicados en el caso correspondiente al número de registro policial, y el tercero, un informe de los detectives de la división de homicidios y el forense en el que intentaron reconstruir la escena a partir de los datos recogidos y las conclusiones de los expertos. Todo parecía tener lógica, y a medida que iba leyendo el documento, quedaba más claro el asunto, incluso aquel diagnóstico que el la directiva médica legal colocó como sello final que explicaba de forma simple la tragedia y daba por cerrado el caso, decía:

**ESQUIZOFRENIA.**